PELIGROS DE UNA ACTIVIDAD EXCESIVA

Cuando alguien ha derrochado sus fuerzas durante mucho tiempo, cuando alguien se ha agotado, no es posible resistir sin compensación. Es un momento tanto más peligroso cuanto más ha disminuido en uno el dominio de sí mismo: el cuerpo está cansado, los nervios destemplados, la voluntad desfalleciente. Es ahora cuando son posibles los mayores despropósitos: la huida, los excitantes los estupefacientes, la comodidad, el abandono carnal, la búsqueda destinada de un manto de ternura, la escapada hacia una aventura.

Entonces, conviene cambiar abiertamente de ruta, hallar la tranquilidad entre amigos de verdad, rezar maquinalmente el rosario, acurrucarse dulcemente en Dios.

LOS PECADOS DEL CRISTIANO MILITANTE

Creerse indispensable para Dios.
No rezar lo suficiente.
Perder el contacto con Dios.
Apresurarse demasiado, querer ir más de prisa que Dios.
Pactar, por poco que sea, con el mal para triunfar.
No haberse entregado totalmente.
Preferir a la Iglesia.

Considerarse superior a la labor que hay que llevar a cabo a buscarse a sí mismo en la acción.
Trabajar para sí mismo.
Buscar la gloria.
Enorgullecerse.
Acobardarse ante el fracaso.
Emborracharse, aunque sea poco, en el éxito.
Emprenderlo todo o demasiado.
Ceder a los impulsos naturales, a las prisas desconocidas u orgullosas.
Cesar en el dominio de sí mismo o en el frenarse.

No mantener la línea de combate.
Consagrarse por afán apologético y no por amor.
Convertir el apostolado en un negocio.
No asegurarse la visión más completa posible.
No tomar la perspectiva suficiente.
No tener en cuenta el contexto.
Trabajar sin método.
Improvisar por sistema.
No prever.

No acabar.
Racionalizar excesivamente.
Ahogarse en los pormenores.
Querer tener siempre razón.
Gobernarlo todo.
No someterse a la disciplina.
Reduir tareas poco importantes.

Sacrificar al otro a los propios designios.
No respetar al otro, negarle sus logros.
No dejar a los demás con suficiente responsabilidad e iniciativa.
Ser duro para con sus asociados y sus jefes.
Menospreciar a los pequeños, a los humildes, a los menos dotados.

Llegar a ser o permanecer sectario.
No mostrarse acogedor.
No amar a los enemigos.
No ser agradecido.
Tomar a todo discrepante por enemigos.
No aceptar de grado ser contradicho.
Demoler con crítica injusta o vana.

Estar habitualmente triste o de mal humor.
Dejarse sumergir en las inquietudes del dinero.
No dormir ni comer lo suficiente.
No conservarse, por imprudencia y sin razones válidas, en "forma" física.
Dejarse arrastrar por el vértigo.
No intercalar en la vida pausas silenciosas.

L. - J. LEBRET: "ACCION MARCHA HACIA DIOS".
Pags. 65, 66, 67, 68.

Universidad Pontificia de Salamanca